

A sociedade econômica internacional obviamente não está habituada a se sensibilizar diante de argumentos ético-religiosos, embora os teólogos venham demonstrando que o discurso da economia política é um discurso religioso velado. Diante desse quadro, o que talvez de mais concreto e compreensível para a sociedade foi apresentado pela crítica religiosa, terá sido a exigência de se por a descoberto o justo e o injusto da dívida externa. Em uma palavra, *transparência*. E então, pautar as rela-

ções econômicas internacionais pelas conclusões que daí derivam. Nesse ponto, as Conferências Episcopais e de Pastores que analisamos, se mostram sintonizadas com os objetivos deste Seminário em submeter a questão à Corte Internacional de Justiça.

Pe. Márcio Fabri dos Anjos é Doutor em Teologia Moral e professor na Faculdade de Teologia Nossa Senhora da Assunção. End.: Rua Oliveira Alves, 164 04210-060 SÃO PAULO - SP

UNA IGLESIA QUE SE RECREA CON LA FUERZA DEL ESPIRITU

Juan Bosco Monroy Campero

1. PRINCIPIO CRISTOLOGICO Y PNEUMATOLOGICO DE LA IGLESIA

El encuentro, en Latinoamerica, con una Iglesia que se recrea durante su caminata histórica a partir de los pobres, nos remite al doble principio o fundamento de la Iglesia. Esta tiene un fundamento cristológico y otro pneumático¹. La Iglesia no procede unicamente de Jesús sin referencia al Espíritu, ni procede unicamente del Espíritu sin referencia al Jesús histórico.

Esto significa que la Iglesia "debe ser fiel a las opciones y al estilo del Jesús histórico y que, si se olvidara de esto, dejaría de ser su memorial en la historia. Pero, por otro lado, también debe dejarse llevar por el Espíritu de Jesús, confiar en El, confiar en su pre-

sencia, sabiendo que el Espíritu es mayor que la Iglesia y que actúa donde quiere y como quiere, creando siempre algo nuevo"².

Esto es importante porque "en la génesis de la Iglesia se esconde su modo de ser"³. Ese doble principio muchas veces ha sido ignorado y se ha considerado su origen sólo en Jesús y con un carácter jurídico, como si El la hubiera dejado ya establecida en todos sus detalles. Sería una organización fundada por Jesús, dirigida por una jerarquía establecida por El, que garantiza la fiel ejecución de las funciones definidas por El, gracias a los poderes recibidos de El⁴.

El Espíritu Santo aparece como agregado a una realidad ya definida; no constituye, viene para sa-

1. Este tema se puede encontrar ampliamente desarrollado en: Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Col. Teologia e Libertação, Vozes, Petrópolis, 1988; Sobrino, J.: Ressurreição da verdadeira Igreja, Loyola, São Paulo, 1982; Boff, L.: Igreja: Carisma e Poder, Vozes, Petrópolis, 3ª ed., 1982; Boff, L.: Eclesiogénesis - Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia, Col. Presencia teológica N° 2, Sal Terrae, Santander, 3ª ed., 1980; Muñoz, R.: A Igreja no Povo, Vozes, Petrópolis, 1985; Codina, V.: Para comprender a Eclesiologia a partir da América Latina, Col. Libertação e Teologia, Paulinas, São Paulo, 1993.

2. Codina, V.: Para comprender a Eclesiologia a partir de América Latina, Op. cit., p. 42

3. Ibid., p. 37

4. Cfr. Gonzalez Faus, J.I.: "Sobre el ministerio eclesial (II)" en Revista Latinoamericana de Teología, N° 16, Año V, Enero/abril 1989, pp. 45-49

cralizar y dar autoridad a lo que se hace en la Iglesia. En realidad, el Espíritu no está verdaderamente en la Iglesia, es algo exterior a ella que viene colocado encima como un sello que garantiza lo ya constituido. No es autor de donde proceden la Iglesia y su acción⁵.

De esa visión de la Iglesia como naciendo unicamente de Cristo y con un carácter jurídico, nace una postura de inmovilismo en cuanto a su estructura, su misión, su autoridad, su doctrina. Ya todo fue definido; nada puede ser cambiado, sólo mantenido y repetido. Se pierde el carácter histórico de la Iglesia, de Jesús, de la salvación, como si Dios hubiera estado presente en el pasado, pero nada diría hoy a la Iglesia y sobre la Iglesia que no esté ya determinado de una vez para siempre⁶.

Esta postura, además de hacer a la Iglesia irrelevante ante los retos de la historia, acaba cumpliendo una función ideológica, porque oculta el elemento humano que ha constituido la forma concreta de existir de la Iglesia, con el fin de mantener el orden establecido⁷.

Cuando no se reconoce ese elemento humano e histórico se acaba ideologizando; ya que, atribuyendo todo a Dios, se sacraliza una actividad que en el fondo es humana.

Si la Iglesia procede del Espíritu, su condición es diferente. Surge en una infinita variedad de situaciones humanas concretas como una comunidad de fe, esperanza y amor de muchos; que trae las marcas de las condiciones concretas de su historia. Surge de las personas que juntas hacen la experiencia de fe que los lleva a seguir a Jesús y asumir su práctica; nace sujeta a la historia de sus miembros, a la situación concreta en que viven y en la que van asumiendo la práctica de Jesús. "La Iglesia única fundada por Jesús es también millones de pequeños grupos fundados por el Espíritu mediante la historia"⁸.

A partir del Espíritu, la Iglesia está siempre surgiendo de nuevo en una pluralidad de comunidades que creen en Jesús y asumen su misión. "La misión del Espíritu es la que permite la configuración y

evolución del pueblo de Dios, desde una eclesiología martirial y profética que intenta continuar y actualizar la historia de Jesús"⁹.

Cuando se reconoce el doble principio, cristológico y pneumático, de la Iglesia, se reconoce que "la fundación de la Iglesia tiene un carácter eminentemente teológico (se fundamenta en Jesús) y dinámico-procesual: es proceso, génesis, que comienza con el Jesús histórico y pasa por la cruz y la resurrección, hasta llegar a Pentecostés"¹⁰. Y ese proceso de fundación-fundamentación continua siempre.

La Iglesia nace "del conjunto del acontecimiento cristológico"¹¹ teniendo un papel especial la muerte y resurrección de Cristo y la acción del Espíritu Santo en Pentecostés. En sus elementos esenciales fue preformada por el Jesús histórico, pero en su forma concreta e histórica nace de la experiencia del Espíritu realizada en Pentecostés, que hace creer en la resurrección de Jesús, releer su vida, su práctica y su muerte en la cruz, a la luz de esa fe y asumir su misión de construir el Reino en una nueva práctica histórica.

2. LA IGLESIA QUE NACE DE PENTECOSTES

La Iglesia, concretamente, es un acontecimiento pos-pascual. Es sólo entonces que se da, de hecho, la fe en Cristo, es decir la aceptación de que Jesús de Nazaret se reveló Hijo de Dios, de que es Señor de la historia y de que su misión debe ser continuada por sus seguidores. Y esto sucede por la fuerza del Espíritu.

Para los que creyeron en la resurrección, la experiencia del Espíritu significó que Jesús estaba definitivamente con ellos, presente en su nueva vida y que a partir de ahí el grupo de creyentes era la comunidad o Iglesia de Cristo. Aparece el Espíritu como fuerza de Dios capaz de hacer vivir a Jesús definitivamente, pero también para capacitar a los discípulos a creer en la resurrección y asumir sus consecuencias¹².

Esta experiencia realizada por el don del Espíritu, va a tener tres significados fundamentales para la formación de la Iglesia. En primer lugar, "la experiencia del Resucitado significa para los discípulos no sólo que Jesús, después de la

5. Cfr. Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Op. cit., p. 105

6. Cfr. Sobrino, J.: "Comunión, conflicto y solidaridad eclesial", en: *Mysterium Liberationis II*, Ed. Trotta, Madrid, 1990 p. 219-220. Cfr. también: Sobrino, J.: *A Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 15

7. Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Op. cit., p. 105. Cfr. también: Boff, L.: *Igreja: Carisma e Poder*, Op. cit., pp. 58-81

8. *Ibid.*, p. 118-119

9. Estrada, J.A.: "Pueblo de Dios", en: *Mysterium Liberationis II*, Op. cit., 185

10. Codina, V.: *Para comprender a Eclesiología a partir de América latina*, Op. cit., p. 40

11. Boff, L.: *Eclesiogénesis*, Op. cit., p. 94

12. Cfr. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 105. También Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., pp. 35-36, 130-131

muerte, vive. Significa sobretudo que Jesús era realmente lo que pretendía ser para el pueblo, y que ahora, más allá de cualquier sospecha, llegó a serlo en plenitud¹³. Significa que la causa de Jesús continúa vigente y que ya consiguió su victoria decisiva para la liberación del pueblo; que el Dios de Jesús es realmente el Padre de todos los hombres y que los hombres son todos hermanos y habrán de reunirse como familia de Dios.

En segundo lugar, significa que en Jesús "el esperado Reino de Dios ya se encuentra realizado y está activo en la comunidad de los suyos como una fuerza que cambiará al mundo"¹⁴. La resurrección de Jesús y la vigencia de su causa, significan que el Reino ya llegó y que ahora debe crecer como la semilla que se convierte en árbol. La resurrección "desencadena un movimiento tendiente a vencer la muerte y a suprimir la miseria de la historia"¹⁵.

En tercer lugar, significa para los discípulos que "la causa de Jesús ahora está entregada, para su realización histórica y universal, a la generosidad y actividad inteligente de ellos"¹⁶. Significa que

deberá ser ahora verificada en la vida de ellos. El Espíritu que resucitó a Jesús se infunde en ellos, convirtiéndolos en germen del nuevo pueblo de Dios. Si Jesús es el "Mesías" del pueblo; los discípulos congregados y enviados por su Espíritu, deben ser para la humanidad el "pueblo mesiánico". Deben vivir hasta el extremo la fe en el Padre común y la solidaridad con los hermanos.

La experiencia de la resurrección significa, entonces, la revelación de que el pobre Jesús, marcado por las circunstancias de su época y por las exigencias y tareas que de ahí surgían, que amó con preferencia a los pobres y así nos reveló a Dios como Padre, que anunció el Evangelio a los pobres, la liberación a los cautivos, y por eso enfrentó a los grandes de su pueblo y de la potencia invasora y que fue finalmente asesinado como subversivo, es el Cristo, el Mesías, el Ungido, el Hijo; y, por lo mismo, es el lugar de la plenitud de la revelación de Dios y su proyecto¹⁷.

Por la experiencia del Espíritu, "la realidad histórica de la vida y resurrección de Cristo desencadena la realidad llamada Iglesia, y el

contenido de la vida y resurrección de Jesús se vuelve automáticamente, aún sin posibles declaraciones formales del propio Cristo, normativo para esa nueva realidad llamada Iglesia"¹⁸.

La Iglesia nace, entonces, cuando, por la fuerza del Espíritu, un grupo de personas cree en la resurrección de Jesús, a la luz de esa fe hace una relectura de su vida, su práctica y su muerte en la cruz, e inicia una práctica nueva en la línea del seguimiento.

3. UNA IGLESIA QUE SUPERA EL ESCANDALO DE LA CRUZ

La Iglesia está íntimamente ligada a Jesús, con su estilo de vida y su práctica. Surge por el hecho de la resurrección de Cristo, pero está en correspondencia con una vida concreta solidaria con los pobres; "no posee solamente el 'producto terminado' de Cristo, para usar este lenguaje, sino el 'proceso de todo el producto': la resurrección a través de la cruz. Y esa cruz a su vez, tampoco es algo comprensible a no ser al final de la historia de Jesús de Nazaret"¹⁹.

El resucitado que hace surgir la Iglesia es el crucificado Jesús con una vida histórica concreta. Por eso, la Iglesia necesita recuperar en su fe los contenidos de la vida

de Jesús que lo condujeron a la cruz y a la resurrección: su anuncio del Reino, su solidaridad con los pobres, su misericordia con las multitudes, sus ataques a los poderosos y el juicio que sufre por parte de ellos, su manera de enfrentar el conflicto y su muerte en la cruz. Creer en el Resucitado es creer en el Crucificado.

La fe en la resurrección exige la fe en la práctica de Jesús, y encuentra en ella su origen y su razón de ser. Jesús fue resucitado por la vida que llevó y la práctica que ejerció. La práctica histórica de Jesús es lo que permite comprender plenamente el significado de la resurrección y esta es su confirmación.

Este proceso de fe en el que la práctica de Jesús, que lo lleva a la muerte, y el hecho de su resurrección se iluminan mutuamente para encontrar la plenitud de su significado, es un proceso difícil y doloroso, como lo atestigua el texto de los discípulos de Emaús. Los discípulos tienen que superar el escándalo causado por el tipo y por las circunstancias de la muerte de Jesús. El muere rechazado como hereje y como subversivo, enemigo del orden religioso y político, que se decía querido por Dios. Se opone a la Ley, al sistema cultural y

13. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 35

14. *Ibid.*, p. 131

15. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 96

16. Sobrino, J.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 36

17. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 36

18. Cfr. Gutiérrez, G.: *A Força Histórica dos Pobres*, Vozes, Petrópolis, 2ª ed., 1984.

19. Cfr. Gutiérrez, G.: *A Força Histórica dos Pobres*, Vozes, Petrópolis, 1991 p. 34

18. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., pp. 262-263

19. *Ibid.*, p. 98

al templo que era presentados como expresión y como mediaciones oficiales de la voluntad divina. Y en el juicio que significa su muerte aparece abandonado por Dios y condenado.

La fe en la resurrección lleva a ver con otros ojos la muerte en la cruz para poder descubrir el carácter salvífico de su vida entre los pobres y de su muerte, el valor trascendente de su acción histórica. La resurrección adquiere entonces "el sentido de punto alto, colocado por Dios y ofrecido en testimonio a los hombres"²⁰.

Tienen que asimilar la paradoja que inscribe en la existencia singular de Jesús, opaca para muchos de sus contemporáneos y absurda y condenable para otros, el ser salvador del mundo entero; de que ahí se realiza la nueva alianza entre Dios y el pueblo.

El otro grande desafío es evitar la fácil tendencia de declararse adepto del Señor glorioso, pero dejando de lado la memoria del predicador marginal e inquietante de Galilea, enemigo del sistema y perseguido hasta la muerte. Convertirse en un grupo que se reúne para celebrar el culto y confesar la fe en Cristo resucitado, olvidando el carácter conflictivo de la historia del hombre Jesús. El grande desa-

lío para la fe es mantener unidas la práctica histórica de Jesús y la vida nueva de la resurrección. Es de esta manera como se comienza a percibir la praxis de Jesús como norma o criterio para entender la propia situación y misión en el mundo.

Cuando se rompe esta articulación las consecuencias son graves: la salvación aparece sólo como actuando "de lo alto"; es obra del Señor glorificado sin conexión con la obra terrena del hombre Jesús; El la consigue para nosotros a través de la resurrección. Sería obra de Dios y no del hombre Jesús; ajena a su humanidad y, por lo tanto, a la nuestra. Acaban negándose la consistencia histórica de la salvación, la responsabilidad humana de Jesús, la irrupción del Reino que constituyó el centro de su mensaje, y nuestra participación en ella; y se pierde la guía o el criterio para enfrentar los conflictos y las situaciones históricas que la Iglesia vive hoy; sólo queda esperar a que esa salvación nos llegue. Jesús deja de ser salvador²¹.

Por otra parte, el aparente fracaso histórico de la vida de Jesús y la aparente imposibilidad de transformar la historia, van llevando a la espiritualización, individualización y transtemporalización de la

salvación. A refugiarse en la fe y la esperanza de la resurrección, en la salvación espiritual e individual que llegará con ella. Esta salvación aparece centrada en la gracia y en los sacramentos que nos llevarán a la resurrección final, y que sólo entonces será salvación o condenación de la historia. Esta postura, además de negar el carácter histórico de la salvación, con frecuencia oculta intereses para que el orden actual no se transforme²².

Esa separación entre el Jesús histórico y el Cristo glorioso también acaba siendo un instrumento para la dominación de los hombres en nombre de la religión y de la fe. El escándalo, señalado por Puebla²³, de una gran injusticia en países que se llaman cristianos, tiene su origen en esa separación. "De tal manera se ha presentado a Cristo que el creyente, para serlo, no tenía por qué parecerse a Jesús y por qué seguir y realizar la misión de Jesús en favor de los oprimidos. Lo que Dios había unido, Cristo -el portador de las esperanzas mesiánicas- y liberación de los oprimidos fue separado y aún contra-

puesto a través de la imagen de un Cristo sin Jesús"²⁴.

El resultado final es una Iglesia ahistórica, irrelevante para los que necesitan de salvación, complice del orden establecido y contrario al proyecto salvador. Es la Iglesia de la gloria que espera el último día con confianza porque ya conoce el triunfo final, pero también con pasividad porque todo vendrá de Dios. Salva con verdades y virtudes, sin necesitar de una práctica histórica coherente²⁵.

Evitando esta ruptura, la fe de la Iglesia consiste en la experiencia del Señor glorioso presente en ella, la memoria histórica de los acontecimientos referentes a Jesús y la interpretación teológica de estas -experiencia y memoria- con los ojos puestos en los desafíos que constituyen la vida de la comunidad. Consiste en ver la propia vida de la comunidad, su situación en el mundo y su misión, a partir de la praxis y resurrección de Cristo. Práctica, conflicto, muerte y resurrección históricas continuarán en el cuerpo histórico de Cristo, ya que su Espíritu continúa animándolo como animó su cuerpo mortal y resucitado.

20. Echegary, H.: A Prática de Jesus, Op. cit., p. 36

21. Cfr. Ibid., pp. 37-38

22. Cfr. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los pobres, Sacramento histórico de la Liberación" en *Mysterium Liberationis II*, Op. cit., p. 140

23. PUEBLA N° 28

24. Sobrino, J.: *Jesucristo Liberador*, Lectura histórica teológica de Jesús de Nazaret, UCA Editores, San Salvador, 1991, p. 37

25. Cfr. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 97

4. UNA IGLESIA QUE SE CONSTITUYE EN LA MISION

Esta Iglesia pospascual se constituye en la misión. No sólo tiene una misión como un momento posterior a su constitución, sino que esa misión es lo que determina su constitución e identidad²⁶.

Si la experiencia de la resurrección consiste en la confirmación de la práctica histórica de Jesús, en la presencia dinámica del Reino y en la continuación de esa práctica por los discípulos; entonces, en el origen de la Iglesia se encuentra la misión. En el nacimiento de la fe pascual se encuentra el envío a la misión. El hecho de localizar el encuentro del Resucitado con sus discípulos en Galilea, donde inició la misión del Crucificado, apunta en este sentido.

Esto quiere decir que la identidad de la Iglesia está en la misión a realizar; este es su principio constitutivo. Y si es así, la vida ad intra de la Iglesia sólo alcanza su plenitud cuando está al servicio de la misión. No se puede constituir a sí misma independientemente de ella.

Lo que da sentido a la vida de Jesús es tener una misión²⁷; su vida gira en torno a un proyecto que la articula y unifica²⁸. Es lo que va moldeando su vida, su acción, sus relaciones con los hombres, con las estructuras y con Dios. Así también, la Iglesia es moldeada, constituida por la misión. De acuerdo con Moltmann, "no es la Iglesia la que tiene una misión; al contrario, es la misión de Cristo que crea para sí una Iglesia. No se debe comprender la misión a partir de la Iglesia, sino la Iglesia a partir de la misión"²⁹.

La Iglesia es, entonces, "esencialmente ex-céntrica"³⁰; no existe para sí misma, para vivir su propia vida, para expandirse, sino para la misión; tiene una "relacionalidad constitutiva"³¹ con la realización de la misión de Cristo. Está centrada en aquel de quien da testimonio y aquellos a quienes lo da. Sólo puede entenderse a sí misma desde dos "polos ajenos a ella misma como son Jesucristo y el mundo tal como se unifican el el Reino de Dios"³². Todo su ser y su acción

tienen este carácter de excentricidad. No se puede separar lo que es en sí y lo que debe hacer para los otros.

Y es en vista de esta excentricidad y a partir de ella, que debe estructurar toda su vida y su organización. Esta excentricidad no debe entenderse como algo situado sólo en el origen temporal de ella, sino como el principio constitutivo a lo largo de la historia; la misión es su principio permanente de constitución. La Iglesia va recuperando su esencia concreta en el ejercicio de la misión; no se mantiene manteniendo sus estructuras, sino realizando y rehaciendo la misión en las diversas situaciones en las que se va encontrando.

Cuando esta relacionalidad constitutiva se olvida, la Iglesia acaba perdiendo su eje, su razón de ser, su identidad. De ahí vienen los grandes problemas de la Iglesia a lo largo de su historia, como el centralismo y la concentración del poder, la falta de inculturación, la tendencia a presentar un mensaje ya poseído sin consideración del otro, el desinterés por los movimientos populares, la supervaloración de la piedad y el culto, la visión dolorista de la cruz, las alianzas con los grupos de poder. Estos problemas aparecen cuando se separan identidad y misión; cuando se quiere construir la Iglesia como institución "antes" o al margen de la Iglesia como misión.

Una Iglesia que se constituye permanentemente en la misión es llamada continuamente a conversión; debe estar saliendo de sí, dejándose interpelar por el Señor que la llama a través de otros, y en ese diálogo aprende y anuncia el Evangelio siempre nuevo de Cristo. Conversión no sólo de las personas, sino de las estructuras, instituciones, criterios y prácticas para que siempre se estén recreando en la misión de acuerdo a las nuevas situaciones y realidades históricas.

Por eso, esta Iglesia es sacramento histórico de salvación. Una Iglesia centrada en sí misma sólo sería un grupo más en la lucha por el poder y el predominio sobre los hombres. No los liberaría ni les traería salvación, sino que los usaría y sometería; se serviría de ellos para su propios intereses. Sólo centrada en la misión, a partir de la práctica de Jesús, hasta la muerte y muerte de cruz, es como la Iglesia puede ser sacramento histórico de salvación.

5. UNA IGLESIA CENTRADA EN EL REINO

A partir de esta relacionalidad constitutiva la Iglesia está centrada en el Reino. Su razón de ser, su elemento constitutivo, su identidad, se encuentra en el servicio al Reino. Existe para el Reino. Su praxis fundamental, y a partir de la cual

26. EN, N° 14. PUEBLA, N° 224

27. Cfr. Sobrino, J.: "Espiritualidad y seguimiento de Jesús" en *Mysterium Liberationis*, Op. cit., p. 463

28. Cfr. Echegaray, H.: *A Prática de Jesús*, Op. cit., pp. 34-35

29. Moltmann, J.: *Kirche in der Kraft des Geistes*, München, 1975, p. 23; citado por: Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 267

30. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 188

31. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 260

32. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los pobres, Sacramento histórico de Liberación", Op. cit., p. 134

constituye su ser mismo, consiste en la realización del Reino de Dios en la historia³³.

Ese Reino es la misión que da sentido a la vida de Jesús; es el proyecto central que articula y unifica su personalidad y su vida³⁴. A través de esa predicación e instauración del Reino, Jesús nos revela el rostro del verdadero Dios y su proyecto; nos da a conocer a Dios como Padre y su proyecto de un mundo de fraternidad. "No es de ningún modo secundario que Jesús nos hable unitariamente del Reino-de-Dios y del Dios-del-Reino. Todo el anuncio del Reino se encuentra subordinado y coordinado a la revelación de Dios y a la consciencia de Jesús de que el amor de su Padre encuentra un símbolo revelador en la realidad incoada, pero ya en camino, del Reino. Por eso no se puede desligar al Padre de la idea del Reino, ni este último de Dios"³⁵.

Quien recibe el Reino no se encuentra sólo ante Dios como absoluto; el Dios del Reino es el Padre revelado por Jesús. Reconocerlo es situarse ante El como Padre y por lo mismo dentro de

una práctica de fraternidad. La fuerza del Reino lleva a un movimiento de comunión cuyo punto de partida es el pobre y que se concretiza en vínculos objetivos, reales, de fraternidad y solidaridad. La práctica de Jesús lleva a esta doble relación con Dios y con los hermanos.

Así, Jesús anuncia la llegada del Reino principalmente con su práctica novedosa y conflictiva. Su inserción en el mundo de los pobres, su compartir día a día las condiciones de vida de las masas; su misericordia con ellas, su abrazo solidario a los marginados, su asumir sus valores, su respuesta concreta a sus sufrimientos, todo esto es el anuncio y la instauración del Reino del Padre.

Por eso, el Dios del Reino aparece como un "Dios disidente"³⁶; un Dios contrario al orden establecido porque este, de la forma en que está, es contrario a ese Reino. La situación de los pobres, marginados y oprimidos, que Jesús comparte y asume, muestra que el mundo, así como está, no puede ser el Reino del Padre. El Dios del Reino se revela en Jesús como el

Dios de los pobres; se identifica con aquellos que según los criterios dominantes nada son; con los que nada tienen, nada saben y nada pueden; los rechazados por los mecanismos económicos, políticos e ideológicos del sistema. Es el Dios que viene para "liberar a los oprimidos", hacer "bienaventurados a los pobres", "derribar a los poderosos de sus tronos y exaltar a los humildes".

Es el Dios parcial, que toma partido para mostrar su amor por todos. Para revelarse como el Padre común, se hace parcial a favor de los excluidos; para poder ser el Dios de todos se coloca del lado de aquellos de los que el sistema no le quería permitir ser Dios. Aquellos que son dejados fuera, empujados a vivir como extraños en la familia humana, son los preferidos del Dios del Reino. Es el Padre que hace justicia al crucificado y lo resucita de entre los muertos, exaltándolo a la plenitud de la vida.

Por eso el Dios del Reino subvierte los valores reinantes en la sociedad que están causando la exclusión y la muerte, y reconstruye un mundo nuevo donde pueda reinar con su amor, su justicia y su misericordia. Encarnando esto en su práctica, Jesús se vuelve revelación de Dios. La revelación

de Dios como Padre es el fundamento, reconocido por Jesús, de su propia práctica que está orientada a la proclamación e instauración del Reino.

El Reino para ser real, implica un determinado mundo histórico, no es compatible con cualquier tipo de sociedad. Como presencia de Dios Padre entre los hombres, va contra todo lo que en vez de ser presencia sea negación de ese amor; acaba con las condiciones que impiden la vida de los hombres e impulsa todo aquello que los hace hijos de un mismo Padre. En este sentido, el Reino tiene un contenido político, social, económico; tanto que suscitó la reacción de los poderosos hasta el grado de sentirse obligados a defender el orden establecido con la persecución y la muerte. Sus intereses se vieron amenazados por la práctica de Jesús y reaccionaron ante ella matándolo; el Reino que se ofrece como buena noticia para los pobres significaba mala noticia para ellos.

Es de este Reino que la Iglesia tiene que ser señal e instrumento³⁷; ahí está su misión y por lo tanto su principio constitutivo. Toda su estructura, organización, acción, debe tener como eje esta misión; debe ser "la escuela donde se eduquen hombres capaces de ha-

33. Cfr. LG N° 5; PUEBLA N° 227

34. Cfr. PUEBLA N° 226

35. Echegaray, H.: A Práctica de Jesus, Op. cit., p. 122

36. La expresión es de Duquoc, Ch.: Un Dieu Différent, Cerf, 1977, citado por Echegaray, H.: A Práctica de Jesus, Op. cit., p. 123. Ver también Böff, L.: Jesucristo Liberador, Indo-American Press, Bogota, 1977, pp. 74. 91

37. PUEBLA N° 227

cer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino³⁸. Cada Iglesia, en cada lugar y momento deberá encontrar, a partir de la experiencia del Espíritu que la lleva a seguir al Crucificado-Resucitado, lo que significa concretamente construir ese Reino de la fraternidad, del amor del Padre, a partir de los oprimidos.

6. UNA IGLESIA QUE PROLONGA LA PRACTICA DE JESUS

La Iglesia nace cuando a la luz de la resurrección cree en la práctica de Jesús. La experiencia de Pentecostés reconoce la práctica conflictiva de Jesús como el camino para la construcción del Reino, como camino de plenitud del hombre y como camino de transformación del mundo. La Iglesia del Resucitado es la Iglesia que recrea la práctica del Crucificado.

Jesús revela el amor del Padre a través de su práctica, y eso quiere decir que aquel que ama al pueblo y lucha por él como Jesús lo hizo, está en el buen camino para entrar en relación con aquel

que El llamó Dios Padre, y está en el camino que puede llevarlo a ver un día ese Mundo Nuevo y ese Hombre Nuevo que El llamó Reino de Dios³⁹.

La práctica va a ser lugar de verificación de la fe. La práctica deberá hacer veraz la fe en el Dios que libera, estableciendo la justicia y el derecho en favor del pobre; en el Cristo que dió su vida por anunciar el Reino de Dios; en el Espíritu que resucita al Crucificado por los poderosos del mundo. "No es posible confesar al Dios liberador sin participar de los procesos de liberación que van marcando la historia. La fe en el Dios bíblico obliga a una práctica social determinada, a tal punto que la existencia, el propio futuro del pueblo depende de la vitalidad actual de la fe"⁴⁰.

El seguimiento de Jesús parte de su acción en medio de su pueblo. Es la acción pública, política; transformadora en favor de los pobres; que enfrenta los poderes que oprimen; que toma postura frente a las situaciones, las estructuras, las personas; que muestra su fuer-

za histórica en la medida en que se da inmersa en las condiciones concretas económicas, políticas y culturales y las transforma⁴¹.

Por eso, la opción solidaria y liberadora por el pobre, la participación en su luchas y la dedicación a los oprimidos son la medida del seguimiento de Jesús⁴². Esa va a ser la referencia obligada para los que desean ser sus discípulos y acompañarlo en el itinerario de una vida creativa y transformadora hasta conseguir implantar la justicia y el derecho, la igualdad y la vida plena en el mundo. Y esto inmersos en las condiciones concretas económicas, políticas y culturales de cada época y lugar.

La práctica de Jesús es transformadora porque desenmascara los mecanismos de opresión y provoca un cambio en los diferentes niveles de la sociedad de su tiempo. "Esta praxis subverte la organización económica, política e ideológica, en la medida en que Jesús substituye el 'comprar el pan con dinero' por 'dar todo lo que se tiene', reintegra a los excluidos, amenazando a los que están en el poder y subvertiendo geográficamente el campo simbólico centrado

en Jerusalén y, finalmente, rasga el tejido ideológico judío, exigiendo de sus discípulos 'salir del círculo del sistema dominante'. Esto significa que todos están convidados a 'seguir a Jesús' rompiendo con la ideología de la clase dominante y retomando su práctica dentro de un nuevo contexto histórico"⁴³.

La práctica de Jesús ofrece los principios básicos de una práctica alternativa, crítica frente al sistema, que es la práctica del Reino y cimiento de una nueva sociedad; es una lógica que abarca los niveles de articulación de vida comunitaria, que al desarrollarse se constituirán en una práctica alternativa dinamizadora de la historia. Impulsa a prolongar creativamente su lógica en las diversas circunstancias históricas en las que la comunidad deberá proclamar con hechos y palabras el Evangelio del Reino. Es una alternativa profunda a la injusticia del sistema social, económico y político⁴⁴.

En el nivel económico se presenta como la lógica del don y de la comunión con el pobre opuesta a la lógica de la acumulación y del enriquecimiento excluyente. Es la lógica de la supe-

38. Ibid., N° 274

39. Cfr. Casañas, J.: "A Tarefa de fazer com que Deus seja", en VV.AA.: A luta dos deuses - os ídolos da opressão e a busca do Deus libertador, Paulinas, São Paulo, 2ª ed. 1985, p. 172

40. Echegaray, H.: "Conocer a Dios es practicar la justicia", en: Páginas, N° 3, Julio 1976, p. 5, citado por Gutierrez, G.: "Caminhando com o Povo", en: Echegaray, H.: A Prática de Jesús, Op. cit., p. 10

41. Cfr. Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Op. cit., p. 163

42. Cfr. PUEBLA N° 1145

43. Ferraro, B.: "Cristologia a Partir da América Latina: Pressupostos" en REB Vol. 48, fasc. 190, junho 1988, p. 288

44. Cfr. Echegaray, H.: A Prática de Jesus, Op. cit., p. 140-143

rabundancia promovida y compartida opuesta a la deuda que somete y culpabiliza al oprimido para impedir que se rebele contra su situación. El pobre siempre está en deuda con el sistema que lo oprime, y el sistema religioso centrado en el culto del templo refuerza esta situación con un ritual que consiste en el pago de deudas.

En el nivel político la lógica del Reino se presenta como el ejercicio de la autoridad en el servicio, implicando la igualdad fundamental de todos; es un poder basado en la justicia y la equidad; en la que lo único que justifica el poder es el servicio al pueblo. La lógica contraria consiste en la dominación; es un poder que oculta y defiende la injusticia cometida en el primer nivel. La egoísta acumulación de bienes corrompe el poder y lo transforma en el ejercicio arbitrario de la violencia, negadora de la igualdad fundamental de todos y creadora de una división en categorías estratificadas.

En el nivel ideológico la lógica del Reino crea nuevas relaciones entre las personas basadas en la libertad y en el amor, opuestas al temor generalizado, al egoísmo y a la marginación. La lógica del Reino impulsará a la comunidad a rechazar, superar y abolir la desi-

gualdad admitida por el sistema como normal, con base en la identidad entre el primero y el segundo mandamiento.

De esta forma la lógica del Reino articula los tres niveles y en ella se va a basar la existencia creyente. Se crea una nueva moralidad, ligada a nuevas prácticas y a nuevas relaciones sociales reales. En medio de la oposición del sistema, la comunidad debe afirmar, en esa lógica del Reino, una nueva humanidad. "La práctica de Jesús se constituye así en contradicción militante respecto a la lógica del sistema, como la vida se opone a la muerte, lo nuevo a lo caduco, la gracia al pecado"⁴⁵.

Por la resurrección que confirma su validez y su vigencia, esa práctica contestataria de Jesús se vuelve norma crítica concreta y práctica fundadora de una comunidad; da origen a una tradición histórica; y se convierte en germen de una nueva organización social.

Esta lógica ofrece impulso y libertad a la Iglesia para dar forma responsablemente a la misión de acuerdo con las nuevas circunstancias, necesidades y problemas que deba enfrentar. "Jesús debe ser seguido, proseguido, actualizado en la historia, no imitado"⁴⁶. La Iglesia

de cada tiempo y lugar deberá preguntarse: ¿Qué significa para nosotros prolongar la práctica de Jesús? ¿Seguir a Jesús que práctica supone en esta sociedad concreta? Deberá unificar la vida de las personas y de la comunidad en torno a esta práctica; constituir la Iglesia a partir de este centro. Así, verificar la práctica de Jesús en cada situación va a equivaler a realizar la vocación eclesial.

Y esto traerá consigo la exigencia de conversión eclesial permanente frente a las tareas y exigencias históricas que serán ocasión de fidelidad. El seguimiento de Jesús debe imprimir un cambio real en el sistema de organización de la sociedad, así "como Jesús y su práctica (= los seguidores = discípulos = aquellos que rompieron con la ideología de la clase dominante) imprimieron un 'rasgón' en el cuerpo social de la Palestina de su tiempo"⁴⁷.

Así, si la Iglesia debe ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer la historia para impulsar la historia de los pueblos hacia el Reino⁴⁸, "necesita educar hombres capaces de forjar la his-

toria según la 'práxis' de Jesús"⁴⁹. "Nuestra adhesión de fe a Jesús debe ser sinónimo de una práctica inspirada en su propia práctica"⁵⁰.

La pregunta importante que nos debemos hacer es, ¿Cómo tiene que ser la Iglesia si quiere estar fundada en Jesús? De acuerdo con Sobrino, "el criterio último para la verdad de la Iglesia consiste en saber si, al narrar su historia se parece más con la narración de la historia de Jesús"⁵¹. La práctica histórica de Jesús, con su real compromiso con los pobres va a ser el criterio de verdad para la Iglesia en todo tiempo y lugar; se trata de la "relación de proporcionalidad entre la actividad, vida, palabra, actitudes de Jesús y su contexto socio-histórico y nosotros, nuestra actividad, palabras y nuestro contexto socio-histórico"⁵².

7. UNA IGLESIA QUE ASUME EL CONFLICTO

Una Iglesia que se constituye a partir del seguimiento de Jesús, reproduciendo su práctica histórica para instaurar el Reino, es una Iglesia que se encuentra y tiene que caminar en el conflicto. "El segui-

45. Ibid., p. 143

46. Sobrino, J.: "Espiritualidad y Seguimiento de Jesús", Op. cit., p. 460

47. Ferraro, B.: "Cristología a partir da América Latina: Pressupostos", Op. cit. p. 291

48. PUEBLA N° 274

49. Ibid., N° 279

50. Ferraro, B.: "Cristología a partir da América Latina: Pressupostos", Op. cit. p. 291

51. Sobrino, J.: Ressurreição da verdadeira Igreja, Op. cit., p. 131, nota 45

52. Ferraro, B.: "Cristología a partir da América Latina: Pressupostos", Op. cit., p. 293

miento crea comunidad y solidaridad en un sentido muy concreto, que no debe ser espiritualizado. No podemos reducir el 'llevar la cruz' a una actitud puramente interior, ascética. 'Seguir' es 'estar con El', (Mc 3,14a), pero el objetivo de esta comunión ofrecida es la misión (Mc 3,14b): anunciar la llegada del Reino de Dios (Mc 6,7-13; Lc 10,1-12; Mt 10,1s), con los mismos poderes de Jesús (Mc 3,15) y tomando parte de su destino de dolor y de muerte (Mc 10,32s)⁵³.

El seguimiento es por esencia conflictivo, ya que consiste en la instauración del Reino que provoca una ruptura en la sociedad. El que realiza una práctica tendiente a la instauración de ese Reino se convierte en "señal de contradicción". El Reino es un Reino histórico, que implica cambios radicales en la organización social y en las relaciones entre los hombres. De la práctica tendiente a la instauración del Reino y del rechazo a esa práctica nace el conflicto.

El asesinato de Jesús tiene esas causas históricas. Jesús es perseguido por su práctica histórica liberadora y solidaria con los pobres. Por esa práctica, El es objeto

de un rechazo progresivo, es blanco de represalias, es acosado, sufre ataques de las autoridades representantes de las estructuras de dominación, recibe amenazas de muerte y finalmente es ejecutado.

El conflicto nació de su dedicación preferencial a los pobres, del anuncio de la buena noticia del Reino para ellos y del rechazo de aquellos para los que el sistema significa seguridad, riqueza y poder. La llegada del Reino para los pobres significa que la sociedad va a tomar un rumbo diferente y significa colocarse, dentro de ella, a favor de unos: los pobres, y en contra de otros: los opresores. Por esta opción, Jesús fue efectivamente un inconforme en relación a la situación del pueblo y al sistema que la provocaba y la mantenía. Entra en conflicto al reaccionar frente a una situación histórica concreta y una organización social determinada.

Este conflicto encuentra su raíz en el nivel teológico, en la visión que se tiene de Dios, tanto por parte de Jesús como por parte del sistema establecido⁵⁴; Jesús revela un Dios en contradicción con la situación presente. A partir de ahí

desenmascara las falsas divinidades en las que se apoyan las fuerzas de la opresión y la marginación. El Reino de Dios y el Dios del Reino revelados por Jesús se presentan como una alternativa frente al sistema y la concepción de la divinidad en que se apoya. "Un Dios que se identifica con un 'agitador' del pueblo (Cfr. Lc 23,5) no es, ciertamente, el Dios de los magistrados pro-romanos"⁵⁵.

La opción de Jesús por los pobres "significa, en última instancia, una opción por Dios, pues en la causa de los pobres se juega la causa de Dios, porque la vida humana concreta y real es la mediación fundamental de la presencia y de la revelación de Dios"⁵⁶. Si Dios es el Dios de la vida y el Padre común, entonces el sistema de marginación y de muerte es la negación de este Dios. Esa forma de organizar la sociedad es el anti-reino, y cuando trata de sostenerse y justificarse en nombre de la divinidad es la negación absoluta de Dios.

Frente al sistema que, en nombre de Dios, excluye a las mayorías y les da muerte, Jesús, en nombre del Dios de la vida, se coloca de parte de los excluidos. "Para no negar ese derecho de Dios

integrar a los proscritos en su pueblo, Jesús lucha, sufre, aguanta la probación de ceder a la presión y por fin da su vida a cambio. La solidaridad con los desclasificados y el 'derecho de Dios ser Dios', principalmente de los excluidos le cuesta la muerte"⁵⁷.

Jesús entra en conflicto con los que niegan ese derecho de Dios y ese acceso al pueblo; con los que rechazan hasta la muerte que Jesús esté autorizado para abrir ese espacio. El conflicto se da cuando El rechaza la anormalidad normal del sistema que deja fuera de la vida y del acceso a Dios a la mayoría del pueblo; cuando da la razón a Dios y no da la razón a los sostenedores de la marginación y la muerte.

El conflicto que se plantea a nivel de la concepción de Dios lleva al conflicto en el modo de organizar la sociedad y viceversa. Una determinada manera de concebir a Dios se refleja y se concretiza en una determinada estructura social. El conflicto teológico se vive concretamente en las situaciones económicas, políticas e ideológicas donde se dan, de hecho, la vida o la muerte, la participación o la marginación, la afirmación o la negación. La op-

53. Palacio, C.: *Jesus Cristo: História e Interpretação*, Coleção "Fé e Realidade" N° 6, Loyola, São Paulo, 1979, p. 118.

54. Cfr. Sobrino, J.: "O aparecimento do Deus da Vida em Jesus de Nazaré", en: VV.AA.: *A luta dos deuses*, Op. cit. También Ferraro, B.: *Cristologia em tempos de ídolos e sacrificios*, Paulinas, São Paulo, 1993, pp. 34-37

55. Echegaray, H.: *A Prática de Jesus*, Op. cit., p. 74

56. Ferraro, B.: *Cristologia em tempos de ídolos e sacrificios*, Op. cit., p. 17

57. Porath, R.: "Da vida solidária à morte vicária. Alcance e limites do simbólico em Hebreus", en: *Estudos Bíblicos* N° 34, 1992, p. 70

ción por el Dios de la vida se vive concretamente en la opción por los pobres y excluidos.

Por eso, en el conflicto y la muerte de Jesús, los motivos religiosos no se pueden separar de los motivos sociales que llevaron a la condenación. "Para salvar y mantener el sistema que sacrificaba vidas humanas, los detentores del poder deciden matar a Jesús"⁵⁸. Ignorar el motivo social que lleva al conflicto y a la muerte es desfigurar el mensaje y la acción de Jesús, su proclamación de Dios. Este conflicto es el que deberá asumir también la Iglesia. Para impulsar el Reino historicamente dentro de las situaciones concretas, deberá hacer las mismas opciones de Jesús y asumir las mismas consecuencias.

Ya desde el inicio está presente este conflicto. "En la proclamación cristiana fundamental de que Dios resucitó al crucificado, y de que precisamente aquel que fue rechazado es ahora el Mesías y Salvador, aparece implícitamente la radical desautorización, por el mismo Dios, de esas 'autoridades' y justamente en relación con el punto capital y decisivo de la esperanza

de Israel"⁵⁹. Por esa causa, la comunidad entra pronto en conflicto con el sistema religioso. De la misma manera, pronto entra en conflicto con el Imperio romano, frente al cual ya el mismo hecho de que su fundador hubiera sido juzgado y condenado por la autoridad romana debía ser incriminador.

De esta manera, el con-morir y el con-resucitar con Cristo no son primordialmente una cuestión mística, sino que son históricos; tienen que prolongar lo más fielmente posible, en una continuidad de seguimiento, lo que fue la vida y la práctica de Jesús y han de llevar a consecuencias similares a las sufridas por Jesús mientras el contexto del mundo sea semejante al de la historia de Jesús⁶⁰.

Este conflicto se dará siempre que se trate de hacer real en la historia la implantación del Reino desde la práctica de solidaridad con los pobres y contra el sistema de dominación. No se puede separar, para tratar de escapar al conflicto, el carácter salvífico del carácter histórico de la muerte de Jesús; el "por qué muere Jesús" del "por qué lo matan"⁶¹. La cruz es "camino

histórico antes de ser ascético místico"⁶²; nace del conflicto con los grupos dominantes. "La práctica histórica de Jesús y su vida dedicada enteramente al anuncio del Reino son referencias básicas para escapar de la deshistorización y mistificación de su muerte"⁶³. Esto es fundamental porque "las abstracciones, generalizaciones y universalismos, por lo menos en ese nivel de reflexión de la fe acaban beneficiando al opresor"⁶⁴.

La Iglesia debe seguir a Jesús por el camino del conflicto; es el único camino que anuncia la Buena Noticia, que revela al verdadero Dios, que construye el Reino en una sociedad marcada por el pecado; es el camino garantizado por la fuerza del Espíritu.

8. UNA IGLESIA QUE SE RECREA EN LA HISTORIA

La Iglesia nace de la fe en Cristo resucitado por la fuerza del Espíritu; debe recordar en su fe y seguir en su práctica el camino histórico de Jesús como Mesías de los pobres y profeta crucificado por la causa del Reino. Esto que se afirma como principio constitutivo de la Iglesia, no aconteció sólo en el inicio, sino que continua aconteciendo hoy en medio de las luchas

de la historia. Esta experiencia no constituye su origen sólo en sentido temporal, sino que es de donde se origina permanentemente. Es experiencia fundante y no sólo fundadora. Es la experiencia original y originante que la hace ser lo que es. Sin esta experiencia la Iglesia de Jesús no existe.

Es decir, que la Iglesia no es una realidad originada y constituida de una vez para siempre, sino que continua a originarse continuamente a lo largo de la historia. Nace cada vez que un grupo de personas, por la fuerza del Espíritu, cree en la resurrección de Jesús, enfrenta y supera el escándalo de su condenación y muerte, reconoce su práctica solidaria con los pobres como el único camino de vida, prolongándola y recreándola a partir de sus situaciones históricas, para construir el Reino en el mundo de los hombres.

8.1 Reconocer la acción constante del espíritu

Esto significa reconocer y creer en la acción del Espíritu Santo que continua actuando en la historia. Negar esta recreación de la Iglesia, sería negar la acción del Espíritu y negar la actualidad de la salvación de Cristo relegándola al pasado,

58. Ferraro, B.: *Cristologia em tempos de ídolos e sacrifícios*, Op. cit., p. 54

59. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 88

60. Cfr. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los Pobres, Sacramento Histórico de Liberación", Op. cit., p. 132

61. Cfr. Ellacuría, I.: "¿Por qué muere Jesús y por qué lo matan?", en: *Misión abierta*, Marzo de 1977. También Ellacuría, I.: "La Iglesia de los Pobres, Sacramento Histórico de Liberación", Op. cit., p. 132

62. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 178

63. Ferraro, B.: *Cristologia em tempos de ídolos e sacrifícios*, Op. cit., p. 54

64. Casañas, J.: "A Tarefa de fazer com que Deus seja", Op. cit., p. 175

como algo que no tiene nada que ver con la vida de los hombres de hoy.

Como dice Sobrino, "si la pneumatología tiene alguna vigencia en la vida real de la Iglesia, si se acepta que el Espíritu de Dios continua actuando en la historia y en la Iglesia, entonces no debería sorprender ni que se continuara buscando en la historia la actual manifestación de Dios, ni que esa manifestación fuera historicamente nueva. Negar esa posibilidad es negar eficazmente la acción del Espíritu de Dios, sería negar in actu el ser mayor de Dios del que nos hablan el Nuevo Testamento y la tradición, y sería negar la primera y más ortodoxa verdad sobre Dios: su realidad trinitaria"⁶⁵.

La Iglesia es acontecimiento y no sólo institución⁶⁶. Es acontecimiento salvífico y profético que después se institucionaliza para ser eficaz y permanente en la historia; pero es en primer lugar acontecimiento. "La Iglesia surge, nace y se re-inventa siempre que los hombres se reúnen para oír la Palabra de Dios, creer en ella y juntos se proponen seguir a Jesucristo impulsados por el Espíritu"⁶⁷.

La experiencia de la resurrección del Crucificado forma parte del ser y de la vida de la Iglesia. Esa experiencia es algo que la Iglesia debe rehacer siempre. "Sucede periódicamente que el Señor resucitado, precisamente porque es y continua siendo el Resucitado, aparece a la Iglesia en determinados momentos y épocas históricas y vuelve a darle vida"⁶⁸. Esa experiencia de la presencia del Resucitado y de la acción del Espíritu, que lleva a creer en El y a asumir su práctica y su misión, se dan en cada comunidad que nace y se constituye como Iglesia y además se presenta con especial fuerza e intensidad en determinados momentos privilegiados y le concede la gracia de recuperar la visión y llenarse de vida nueva. Esto es lo que acontece, por ejemplo, en el Vaticano II y Medellín.

Descubrimos, así, que todas las iniciativas, los esfuerzos, por los cuales se produce y se mantiene una comunidad, cuando se fundan en el seguimiento del Crucificado-Resucitado, son el actuar creador de la Iglesia. "Pues el Espíritu crea la Iglesia en millares y millones de puntos distintos de la tierra, en millares y millones de lugares en

que se reúnen las comunidades. La creación de la Iglesia por el Espíritu Santo se renueva desde hace 2000 años. La Iglesia nace constantemente en las múltiples comunidades"⁶⁹.

8.2 Hacer la experiencia de fe en el crucificado-resucitado

Hay que afirmar también que esa experiencia de fe en el Crucificado-Resucitado y la consecuencia de asumir su práctica y su misión, debe ser realizada para que nasca la Iglesia. La Iglesia no se da si no se realiza esa experiencia. Si no se constituye teniendo su centro en la misión de instaurar el Reino y no se funda en la práctica histórica de Jesús, no es la Iglesia de Jesús y del Espíritu.

Hay que tomar en serio esa presencia creadora del Espíritu. No se puede tratar de encubrir con un sello sobrenatural cualquier tipo de experiencia humana, no se puede llamar obra del Espíritu, y por lo tanto Iglesia, a cualquier tipo de institución y práctica religiosa. La Iglesia nace realmente de la experiencia del Espíritu que lleva a creer en el Resucitado que es el Crucificado Jesús de Nazaret, con su práctica histórica en favor de los pobres y con su misión de cons-

truir el Reino; y cuando se asume esa práctica para prolongarla en la propia situación histórica.

Toda comunidad, para ser Iglesia, debe hacer la relectura y asumir la práctica de Jesús prolongándola en sus situaciones concretas. A partir de este principio, la afirmación de Comblin es clara: "Si los pueblos reciben el cristianismo pasivamente y lo asimilan así en la forma en que les es presentada, la Iglesia del Espíritu no se constituye"⁷⁰. Los cristianos no son simplemente alumnos que aprenden una doctrina estable enseñada por una autoridad establecida o nuevos adeptos recibiendo señales de adhesión a una organización. No existe comunidad simplemente por la adhesión pasiva a una Iglesia preexistente. No se trata de repetir sino de seguir la lógica del Reino en las nuevas realidades. Es una asimilación activa de la palabra y la entrada como miembro activo en la organización de la Iglesia con la capacidad de reformularla a partir de la misión.

8.3 La Iglesia nace del pueblo por la acción del espíritu

Decir que la Iglesia nace del Espíritu, es decir que nace del pueblo. Y esto no es oponerse a la

65. Sobrino, J.: A Ressurreição da verdadeira Igreja, Op. cit., p. 15

66. Cfr. Boff, L.: Igreja: Carisma e Poder, Op. cit., pp. 199-201

67. Ibid.

68. Sobrino, J.: Ressurreição da verdadeira Igreja, Op. cit., p. 94

69. Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Op. cit., p. 116

70. Ibid., p. 117

afirmación de que la Iglesia nace de Cristo. No se da una contradicción entre el origen en Cristo y el origen en el pueblo. La Iglesia nace del Espíritu ahí donde pacientemente se reúnen los discípulos para formar una comunidad cristiana. A partir del pueblo, de la base del pueblo, la Iglesia nace y se recrea constantemente.

Por el Espíritu enviado a todos, la Iglesia es creación de los hombres a partir de las culturas y de las religiones que fornecen materiales transformados y espiritualizados⁷¹. Es dentro de cada persona y de cada comunidad que se realiza esa experiencia espiritual y esa relectura, y que se toma la opción de seguir la práctica de Jesús. Es a partir del interior de la comunidad que se descubre qué significa y cómo realizar en esas circunstancias determinadas la misión del Reino prolongando la práctica de Jesús⁷². Por consiguiente, esto sólo podrá expresarse y concretizarse a partir de la realidad que se vive y a través de la cultura propia de cada comunidad.

La catolicidad de la Iglesia sólo es posible por esta acción del Espíritu y por este nacimiento de la Iglesia a partir del pasado y de la personalidad propia de cada pueblo. El Espíritu hace que esos pueblos sean creadores de nuevas Iglesias que buscan y realizan la comunión con las antiguas porque también se fundan en Cristo, se constituyen en la misión común del Reino; pero es una comunión en un plano de igualdad y de libertad porque cada una habrá creado su propia Iglesia por sí misma; con su propia teología, su propia forma de celebrar, su propio derecho. Sin que una de esas Iglesias imponga a las otras su propia expresión cultural histórica⁷³.

La grande prueba que la Iglesia tiene que ofrecer de su universalidad es la conversión de los pueblos sin dominarlos, sin quitarles su cultura y su personalidad propia, sin destruir su identidad como pueblo⁷⁴. Y esto sólo es posible si se reconoce que la Iglesia nace del pueblo por la acción del Espíritu y no se intenta incorporarlos a una Iglesia preexistente y

anterior a ellos. Por el Espíritu, la Iglesia será diversidad unida en la plena libertad; en una unidad realmente humana, respetuosa de los valores humanos y de la cultura y expresión de fe de cada pueblo.

La Iglesia es, entonces, una porción de la humanidad que, por su adhesión consciente a Jesucristo, se coloca al servicio de todos los hombres y de toda la sociedad humana, para su liberación y promoción integrales⁷⁵. El Espíritu es quien conduce a cada comunidad hasta la síntesis viviente del conocimiento de Dios como Padre común, comunión concreta con los hermanos y compromiso solidario en la liberación de los oprimidos. Don de Dios que se nos va entregando gratuitamente en el camino de esa misma tarea. Y la Iglesia es la comunidad humana en la que ese don de Dios es conscientemente acogido y vivido en gestos y palabras concretos, en formas sociales y servicios tangibles, en beneficio de todo el pueblo⁷⁶.

9. CONCLUSIONES

Como conclusiones podríamos indicar algunas consecuencias o exigencias que se desprenden para la vida y la acción de la Iglesia.

9.1 Constituirse desde la realidad

La reflexión sobre la Iglesia, su identidad y su acción, debe hacerse partiendo de la realidad actual de la Iglesia en lo que tiene de cristiana, de manifestación actual de Dios. Se debe partir del "hoy" de Dios para su Iglesia y no en primer lugar y directamente de una doctrina sobre ella. La doctrina es importante pero sin la realidad, sin la manifestación actual de Dios en ella, permanece genericamente verdadera pero históricamente ineficaz e irrelevante⁷⁷.

La Iglesia tiene que preguntarse qué es ella misma, pero no sólo ante sí y ante su tradición, sino ante Dios, que tiene un hoy y no sólo un ayer ya conocido e interpretado; tiene una voluntad salvífica para el presente y no sólo para el pasado. Es aceptar que el Espíritu continúa actuando, que el Resucitado sigue presente, que el Padre "tiene una palabra para la historia y para la Iglesia y que está diciéndola de manera novedosa, clara e inocultable"⁷⁸. Este es el presupuesto fundamental para la identidad y misión de la Iglesia.

Se trata de dar una respuesta real y en la realidad al hoy de Dios. Una respuesta que configure real-

71. Cfr. Ferraro, B.: "Cristología a partir da América Latina: Pressupostos", Op. cit., p. 152-153. También Boff, L.: *E a Igreja se fez povo - Eclesiogênese: a Igreja que nasce da fé do povo*, Vozes, Petrópolis, 3ª ed. 1986, p. 49

72. Cfr. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los pobres, Sacramento histórico de Liberación", Op. cit., p. 135

73. Cfr. Comblin, J.: *O Espírito Santo e a Libertação*, Op. cit., pp. 129. 152-153

74. Cfr. Ibid., p. 129

75. Cfr. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 143

76. Cfr. Ibid., p. 138

77. Cfr. Sobrino, J.: *Ressurreição da verdadeira Igreja*, Op. cit., p. 14

78. Sobrino, J.: "Comunión, conflicto y solidaridad eclesial", Op. cit., p. 221

mente a la Iglesia en todas sus dimensiones desde esa manifestación actual de Dios. La teología, las celebraciones, el derecho, la administración; todas las estructuras, organizaciones y manifestaciones de la vida de la Iglesia deben ser reconstituidas a partir de esa manifestación actual y en respuesta a ella. Esto es lo que creará la identidad y la comunión eclesial. Esto es tomar en serio los "signos de los tiempos" y concretizarlos. Reconocer la actual presencia de Dios en la Iglesia sin la que dejaría de ser realmente la Iglesia del Resucitado.

Es realizar un encuentro con un rostro nuevo y desafiador de Dios, que emerge de los grandes desafíos de la realidad histórica⁷⁹. Es en la realidad de la historia, donde el Espíritu sigue actuando, donde Cristo sigue presente, donde Dios se sigue revelando, que debemos descubrir ese hoy de Dios; su manifestación actual para la Iglesia y para la historia. Por eso, "no podemos conocer al Dios de Jesucristo, buscar su rostro y hacer su voluntad si damos la espalda a lo que está sucediendo en nuestra historia y si nos hacemos sordos al clamor de nuestro pueblo oprimido"⁸⁰.

En los acontecimientos de la historia es donde se debe encontrar la manifestación actual de Dios y la respuesta de la Iglesia. Ahí se encuentran los desafíos de la realidad social a través de los cuales Dios nos interpela, y ahí se debe dar la práctica comprometida a través de la cual la Iglesia responde.

9.2 *Constituirse para la misión*

La Iglesia está llamada a actuar en el mundo. Jesús es el enviado del Padre para instaurar el Reino y el Espíritu es enviado para continuar impulsando el Reino de Dios en el mundo a lo largo de la historia. Por consiguiente, la Iglesia está al servicio de esta tarea. La presencia de Jesús y del Espíritu en la Iglesia se manifiestan en el movimiento que la lleva para afuera, más allá de sus límites⁸¹.

A lo largo de la historia la Iglesia ha sentido la tentación de cerrarse sobre sí misma; y continúa sucediendo, tanto a nivel de toda la institución o de cada comunidad. Por esta tentación, cuando va al mundo lo hace centrada en sí misma, para expandirse, crecer, aumentar su poder. La misión es contemplada y puesta al

servicio de su propio crecimiento o sobrevivencia, olvidándose de la realización del Reino.

Esta actitud de colocar toda la importancia en la Iglesia, de trabajar principalmente para tener los templos llenos, para aumentar la influencia y el poder de la institución, es llevar a la Iglesia a perder su centro; hacerse ella misma el centro. No se trata de que toda la humanidad sea llevada para dentro de la Iglesia, sino de que la Iglesia sea llevada para dentro de la humanidad como sal y luz, como semilla de la nueva humanidad, de la nueva tierra y nuevo cielo.

La presencia del Espíritu se manifiesta por el movimiento que lleva hacia afuera, no para conquistar otros miembros u otros pueblos, sino para compartir con ellos los dones del Espíritu; para ponerse al servicio. El Espíritu lanza para el mundo; la comunidad existe para estar al servicio de la misión en el mundo. Es el pueblo universal que está en medio de los demás pueblos para ayudarlos a hermanarse y crecer hacia una gran comunión de todos los hombres⁸².

La Iglesia no va a preservar su identidad y su comunión, manteniendo, por la fuerza de la autoridad, estructuras, normas, ritos,

como lo más importante. No es eso lo que da identidad a la Iglesia. Centrándose en el Reino y no en sí misma, es como va a mantener su identidad y su unidad. Toda la estructura, organización, teología, liturgia, autoridad, en la Iglesia están al servicio y en función de la instauración del Reino⁸³.

La institucionalidad de la Iglesia es necesaria para la eficacia de la misión y para la convivencia comunitaria; pero no tiene porque ser al modo que adoptan los poderes de este mundo para mantener el control del poder. La institucionalidad de la Iglesia debe estar al servicio y subordinada al carácter de la Iglesia como continuadora de la obra de Jesús. Y esto, tanto en su nivel interno como en su ubicación en medio de la sociedad humana y en la forma como establece sus relaciones con esta sociedad.

La Iglesia necesita seguir creyendo en la especificidad del camino de Jesús: enfrentando una sociedad conflictiva e injusta, la Iglesia debe buscar la salvación desde la parte oprimida, en favor de ella. Su acción debe ser histórica y concreta e ir contra las raíces de la opresión. La Iglesia prolonga el mismo esquema y se sitúa en una alternativa semejante a la de Jesús⁸⁴.

79. Cfr. Boff, L.: "Contemplativus im Liberatione", REB, Vol. 39, fasc. 156, Diciembre 1979, 571-572

80. Muñoz, R.: A Igreja no Povo, Op. cit., p. 189

81. Cfr. Comblin, J.: O Espírito Santo e a Libertação, Op. cit., p. 120

82. Cfr. PUEBLA Nº 233

83. Cfr. Ibid., Nº 273

84. Cfr. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los pobres, Sacramento histórico de Liberación", Op. cit., pp. 144-145

La institución está subordinada a la misión y a partir de ese centro debe recrear toda su organización y sus actividades para historizar - responder al hoy de Dios - lo que el Reino exige en cada situación. Ella debe configurarse como sacramento histórico de la salvación, que consiste en la implantación del Reino en la historia.

9.3 Constituirse a partir de abajo

Por el Espíritu, la Iglesia nace del pueblo, se constituye a partir de las comunidades. Esto exige para la institución de la Iglesia saber reconocer esta acción del Espíritu, y dar importancia a lo que El suscita. Significa constituirse de abajo y no de arriba.

La Iglesia no nace de arriba para abajo a partir de una autoridad central y como una decisión de ella. Por la acción del Espíritu, la Iglesia nace de abajo para arriba a partir de las comunidades. Aún a nivel de organización; la parroquia u otra forma de organización, nace a partir de un grupo de comunidades y de su reconocimiento. "El derecho puede 'fundar' una parroquia. Pero para que una parroquia fundada por el derecho exista realmente ella debe ser el reconocimiento de los grupos de base que preexisten en

ella. ...Para que haya Iglesia particular real, se necesita que haya comunión de muchas comunidades de base. El decreto fundando jurídicamente una diócesis viene a confirmar una Iglesia local que debía existir previamente"⁸⁵.

De esta manera la autoridad existente en la Iglesia se constituye no como un poder absoluto, sino como un instrumento al servicio de lo que el Espíritu suscita y crea. La Iglesia es del Espíritu precisamente porque nace de abajo, a diferencia de las instituciones opresoras que nacen de la voluntad de un poder. Es la prolongación de la práctica de Jesús que reconoce a los pobres como los destinatarios del Reino y los sujetos de la evangelización.

De la misma forma, la comunión en la Iglesia no se da por decreto de autoridad. No se establece por una serie de normas absolutas e independientes de la misión y de la realidad en la que se ha de realizar. La comunión eclesial nace de la comunión de las comunidades; se fundamenta en el esfuerzo común y compartido de construir el Reino, en el amor perseverante de las comunidades en medio del pueblo.

Es una Iglesia que vive en la pluralidad y la diversidad, unida por la amistad y el compromiso, por la

fe, la esperanza y la caridad reales de muchos. La base material de la Iglesia no es una cultura, unos ritos y unas leyes únicos, universales y abstractos; sino que está dada por cada comunidad local, con su cultura, su ambiente, su conciencia, su experiencia de fe y su práctica cristiana⁸⁶.

Esto significa reconocer, como lo hizo el Vaticano II, que el ser de la Iglesia se plantea desde lo común, no desde la institución eclesial, representada por una jerarquía, que se fundamenta en una transmisión lineal de la autoridad al margen o por encima de la comunidad⁸⁷. Es reconocer a la Iglesia como Pueblo de Dios, antes que como comunidad jerárquica.

Lo que determina el ser de la Iglesia es el binomio de comunión y pluralidad de ministerios en vistas del seguimiento y de la misión, antes que la autoridad de la jerarquía. Y esto debe tener consecuencias en la forma de ejercer la autoridad, ya que da lugar a una Iglesia de comunión y participación, de corresponsabilidad y protagonismo de todos. La autoridad

pasa por la comunidad, la misión también; es a la comunidad entera a la que se le ha confiado la misión y a la que se le han entregado los poderes de Jesús para realizarla. La autoridad se ejercerá entonces como servicio, como animación, como reconocimiento de la obra del Espíritu y no como mando, como dominación, como imposición⁸⁸.

Es una Iglesia que sale de sí misma no para llevar a los hombres un Evangelio ya totalmente conocido y establecido de antemano, sino para redescubrir y profundizar ese Evangelio en el diálogo con ellos⁸⁹. En cada nuevo contexto sociohistórico, se recrea la práctica de Jesús y se prolonga y profundiza el kerigma original, inspirando a descubrir nuevos aspectos y dimensiones del misterio Jesúcristo⁹⁰.

Es reconocer el Espíritu presente en los pueblos, las semillas del Verbo en las culturas; la acción libre de Dios que nos interpela desde las nuevas comunidades que van surgiendo por su acción. Es reconocer que Dios es más grande que

85. Comblin, J.: *O Espírito Santo e a Libertação*, Op. cit., p. 116

86. Cfr. Boff, L.: *E a Igreja se fez povo - Eclesiogênese: a Igreja que nasce da fé do povo*, Op. cit., p. 49

87. Cfr. Estrada, J.A.: "Pueblo de Dios", Op. cit., p. 185

88. Cfr. PUEBLA N° 249

89. Cfr. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., pp. 189-190

90. Cfr. Ferraro, B.: "Cristologia a partir da América Latina: Pressupostos", Op. cit., p. 292

la Iglesia, que el Reino trasciende los límites visibles de la Iglesia y se da en hombres que viven fuera de su ámbito⁹¹. Es reconocer la eterna novedad de Dios que se manifiesta en el potencial evangelizador de los pobres⁹².

Cuando se olvida esto, la institución eclesial asume una actitud que acaba convirtiéndose en dominación. El "misionero" se convierte en agente del centro que va a las periferias a llevar el proyecto del centro. Cuando, además, el centro religioso forma parte de un centro económico y político, el camino misionero recubre y disfraza una dominación económica y política. Puede no ser consciente o intencional, pero se da como consecuencia de haber asumido la postura de que la institución ya tiene toda la verdad y es la depositaria de la verdad y del poder divino que va a llevar a los que están fuera⁹³.

Cuando se reconoce al otro como lugar en donde está presente Dios y como lugar donde se da la novedad del hoy de Dios, la actitud

de dominación se cambia por una actitud de servicio. La perspectiva será la de substituir el proyecto del centro por el de la periferia, y el misionero se convierte en cooperador, para ayudar a la realización o formulación de ese proyecto a partir de los valores y las luchas del pueblo. El sujeto de ese proyecto y de la Iglesia que se constituye es el pueblo. Es distinguir cristianismo de cristiandad, Evangelio de expresión cultural. Es un evangelizar que no es conquistar; no es la expansión de lo propio, sino un partir del otro, de su revelación⁹⁴.

9.4 *Constituirse a través de la participación*

La dimensión comunitaria de la Iglesia es una consecuencia lógica, y su fundamento último está en el núcleo mismo de la fe. Anunciar el Evangelio es anunciar el misterio de la filiación y de la fraternidad reveladas en Cristo; significa convocar, reunir, formar comunidad. La fe en el Padre común sólo puede ser vivida en la relación con

los otros. "Solamente en comunidad puede ser vivida la fe en el amor, solamente en comunidad puede ser celebrada y profundizada, solamente en comunidad puede ser vivida, en un único gesto, como fidelidad al Señor y solidaridad con todas las personas"⁹⁵.

La fe en el Dios de Jesús no puede ser vivida en un plano individual e intimista. Es la fe en el Padre común, en el Reino de la fraternidad, en la solidaridad como práctica que construye ese Reino y hace presente a ese Dios. Por eso, "aceptar la palabra significa convertirse al Otro en los otros"⁹⁶.

La experiencia de Dios está ligada a la experiencia de un pueblo; hacer la experiencia del "yo pertenezco al Dios del pueblo", es hacer, al mismo tiempo, la experiencia del "yo pertenezco al pueblo de Dios"⁹⁷. Dios es Dios de un pueblo y la experiencia de El debe ser hecha por todo un pueblo. Por eso, "a la dimensión teologal

de la espiritualidad le pertenece su 'popularidad', su apertura a dar a los otros y a recibir de otros"⁹⁸.

Esto significa que los signos de la presencia del Espíritu serán: más libertad, más palabra, más comunidad, más participación. A través de esto entra en la Iglesia la novedad del hoy de Dios y le permite reconstituirse desde la realidad, para la misión y a partir del pueblo. Negar esa participación sería cerrar las puertas a la acción actual de Dios⁹⁹. A través de la participación la comunidad, iluminada por la luz del Espíritu y confrontada con las urgencias de la situación, decide y asume responsablemente la forma institucional más adecuada para realizar su misión hoy¹⁰⁰.

No se niega la institución o los ministerios ordenados, sino se considera "el estilo que esas funciones han de vivir dentro de las comunidades: o sobre ellas, monopolizando todos los servicios y poderes, o al interior de ellas, inte-

91. Cfr. PUEBLA N° 226

92. Cfr. Ibid., N° 1147

93. Cfr. Ribeiro de Oliveira, P.: "O Lugar social do Missionário", en VV.AA.: *Inculturação e Libertação*, Semana de Estudos Teológicos CNBB/CIMI, Paulinas, São Paulo, 1986.

94. Cfr. Paleari, J.: "Identidade a Alteridade" y Rodriguez Brandão, C.: "Impor, Persuadir, Convidar, Dialogar: a cultura do outro", ambos en VV.AA.: *Inculturação e Libertação*, Op. cit. Esta es la perspectiva de los dos trabajos.

95. Gutierrez, G.: *A Força Histórica dos Pobres*, Op. cit., p. 100

96. Ibid.

97. Cfr. Mesters, C.: "A experiência de Deus nos Patriarcas, nos Sábios, nos Profetas e no Apóstolo São João", en VV.AA.: *Experimentar Deus hoje*, Vozes, Petrópolis, 1974, pp. 112-113

98. Sobrino, J.: "Espiritualidad y Seguimiento de Jesús", Op. cit., p. 474

99. Cfr. Comblin, J.: *O Espírito Santo e a Libertação*, Op. cit., pp. 120-121

100. Cfr. Boff, L.: *Eclesiogénesis - Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia*, Op. cit., p. 94

grando los encargos en vez de acumularlos, respetando los diversos carismas, conduciéndolos a la unidad del mismo cuerpo. Este último estilo es el que traduce la actitud evangélica y la praxis que Jesús quiso para la comunidad¹⁰¹.

Es importante recordar que ese anuncio del Evangelio que nos reúne en Iglesia es hecho a partir de una opción de solidaridad real y activa con los intereses y las luchas del pobre. La convocación se realiza desde el pobre y es a él que nos debemos convertir para formar la comunidad. A partir del pobre se construye la comunidad.

Constituir la Iglesia a través de la participación significa, entonces, incorporar a los que son excluidos, dar participación a los que no la tienen, dar voz y lugar a los que la sociedad se los niega. Esto exige de la Iglesia una profunda "conversión a otro mundo, un entendimiento de la fe de un nuevo tipo, llevando a una reformulación del mensaje"¹⁰² y de la estructura. Exige realizar en su propia convivencia y en sus estructuras la vida nueva que anuncia con el Evangelio. Dar lugar a la igualdad y a la libertad, a la corresponsabilidad y a la participación creativa.

Exige no caer en la tentación de acomodarse a la ideología, mecanismos y conductas del mundo: el poder en grupos cerrados, la autoridad vertical, el servilismo, la información unilateral o secreta, la negación de la participación bajo pretexto de unidad y disciplina, la represión al pensamiento crítico y a la solidaridad liberadora con la disculpa de la seguridad institucional y del orden establecido¹⁰³. La autoridad en la Iglesia no se ejerce imponiéndose por la fuerza.

Significa tener consciencia de que lo carismático y lo institucional están mutuamente implicados; que no hay carismas auténticos sin alguna organicidad institucional, pero que no hay institución jerárquica legítima sin inspiración y dones carismáticos. Y que la jerarquía no monopoliza los carismas, ni los carismas deben ser subservientes a la jerarquía.

El mismo Espíritu que suscita y asiste a la institución a través de ministerios, estructuras y leyes, no se deja amarrar por ninguna forma histórica concreta¹⁰⁴. Hay que cuidar que la rutina burocrática, el erigirse a sí mismo en fin, el mandar sólo por mandar y no con el objetivo de servir, la esclerosis de

la tradición, el cerrarse orgullosa y miedosamente a nuevas tareas y exigencias no terminen por "extinguir el Espíritu"¹⁰⁵. Todos juntos, en la comunidad, deben estar atentos a lo que el Espíritu suscita a las Iglesias en el momento histórico.

9.5 *Constituirse en el conflicto*

Esta Iglesia enfrenta permanentemente el conflicto, que se establece tanto dentro de la Iglesia, como en relación con la sociedad. La misma fidelidad al Señor y a la misión lanza a la Iglesia a un camino de busca interna entre dudas, tensiones y conflictos; y de avance en medio del mundo entre sospechas, calumnias y persecuciones¹⁰⁶.

Al contemplar al Resucitado en la cruz y a los muchos mártires que han dado la vida por los pobres, sabemos que el anuncio del Evangelio provoca rechazo en aquellos grupos para los cuales el actual modelo sociopolítico significa seguridad y bienestar. Siendo fieles a la misión del Reino y a la revelación del Dios verdadero, no podemos esconder de ellos el hecho de que su bienestar es pagado con la explotación, el despo-

jo y las privaciones de las mayorías pobres; y que su seguridad está basada sobre la represión al pueblo.

Cuando la Iglesia se constituye como la Iglesia que nace del pueblo y que asume sus luchas y proyectos, aparece la persecución al compartir la represión que sufre el pueblo en todas sus organizaciones y movimientos. Aparece la persecución por su testimonio evangélico que se hace cuestionador y peligroso para la seguridad del sistema y de los grupos dominantes.

Aparecen los conflictos internos porque la Iglesia, como institución, se encuentra de un lado, asentada entre los grupos dominantes y asimilada por ellos y, por otro, cada vez más encarnada en las mayorías populares y comprometida con su causa. También en la Iglesia existen sectores que se sienten amenazados por este modo de constituirse como Iglesia.

De ahí que la persecución social y los conflictos internos son vividos como dos dimensiones inseparables de un mismo camino de cruz en el seguimiento de Jesús. "Las Comunidades Eclesiales de Base son reprimidas, y frecuentemente hasta el martirio, por el mismo tipo

101. *Ibid.*, p. 95

102. Gutierrez, G.: *A Força Histórica dos Pobres*, Op. cit., p. 101

103. Cfr. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., pp. 195-197

104. Cfr. *Ibid.*, p. 135

105. Cfr. Rahner, K.: *Lo Dinámico en la Iglesia*, Barcelona, 1963, pp. 56-57, citado en *Ibid.*, pp. 135-136

106. Cfr. Muñoz, R.: *A Igreja no Povo*, Op. cit., p. 78

de poderes socioeconómicos, políticos y religiosos que llevaron a Jesús hasta la muerte de cruz y, fundamentalmente, por las mismas razones. También entre nosotros los poderosos argumentan que tienen que defender el orden social establecido y la religión 'tradicional'¹⁰⁷.

Ante esto se presenta un doble desafío: fortalecer la naturaleza y misión frente a la realidad del pueblo manteniéndose fiel al Reino; y extender la propia vivencia de recreación eclesial en el conjunto de toda la Iglesia¹⁰⁸. Y se deberá tener paciencia porque estos conflictos no serán resueltos a corto plazo. Se debe aprender a convivir con el conflicto en la comunión¹⁰⁹; desarrollar una espiritualidad en el conflicto; aprender a reconocerlo, a no ocultarlo, aceptarlo conscientemente, aunque luchando para superarlo. Se hace indispensable saber discernir su raíz y sus causas.

Se hace necesario aceptar que no se puede imponer de forma voluntarista un modelo a toda la Iglesia, sino que se debe ir construyendo, poco a poco, donde es

posible hacerlo: en medio del pueblo. Se hace necesaria una profunda reflexión teológica para ir encontrando los caminos de solución y los puntos en los que no se puede ni se debe ceder. Se hace necesaria una articulación cada día mayor entre las comunidades; se debe potenciar la colegialidad y la corresponsabilidad entre todos los que participan de este movimiento del Espíritu. Y se hace necesario no vivir en función del conflicto interno descuidando lo que es el centro de la vida y la misión de la Iglesia: la construcción del Reino a partir de los pobres.

De esta forma, la Iglesia se constituye como cuerpo histórico de Cristo. "La continuación en la historia de la vida y de la misión de Jesús, que le compete a la Iglesia, animada y unificada por el Espíritu de Cristo, hace de ella que sea su cuerpo, su presencia visible y operante"¹¹⁰.

Podemos decir, entonces, que la Iglesia hace presente a Cristo en la historia; está en el mundo, pero no se basa ni confía en el poder y en los valores de este mundo; lleva

a cabo la misión de Jesús de Nazaret: anunciar la Buena Nueva a los pobres, desenmascarar a los ídolos, la riqueza y el poder que generan víctimas para subsistir; está descentrada de sí misma hacia el Reino, convertida a no buscar su propia vida y la de la institución sino la del mundo sufriente; es atacada, perseguida, martirizada y acaba en la cruz; resucitada por la

fuerza del Espíritu es capaz de comunicar lo que hay de triunfo en la resurrección de Jesús: la esperanza indestructible, la libertad para servir a los pobres, la libertad para dar la vida. Esa Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia.

Juan Bosco Monroy Campero é Doutor em Teologia Dogmática pela Faculdade de Teologia Nossa Senhora da Assunção

107. Ibid., pp. 193-194

108. Cfr. Richard, P.: A Força Espiritual da Igreja dos pobres, Vozes, Petrópolis, 1989, pp. 34-35

109. Gutierrez, G.: A Força Histórica dos Pobres, Op. cit., pp. 49-52

110. Ellacuría, I.: "La Iglesia de los pobres, Sacramento histórico de Liberación", Op. cit., p. 131